

—Ya sé yo que un hombre de corazón y de talento no ha de mirar la muerte con cobarde angustia: el que sabe que morir es volver para siempre á la patria de donde fuimos desterrados, muere con alegría. Sin duda alguna (añadí) nos espera en la eternidad un Juez severo é infalible, que nos ha de pedir estrecha cuenta de nuestra vida; pero tenemos en nuestro corazón una dádiva con que templar el rigor de su divina justicia: la dádiva de nuestro arrepentimiento.... ¡La eternidad (exclamé), sólo puede espantar á los malvados!

Con estas últimas palabras quise yo aplicar, si puedo decirlo así, una ventosa en el alma empedernida del comandante, y el efecto que obtuve fué una especie de rugido sordo que se exhaló de la caverna de su pecho, como si mi voz hubiera penetrado en su corazón. Abrí la boca para proseguir; pero el enfermo me dejó ver un gesto horrible de profundo desprecio, volviendo bruscamente la cabeza hacia el lado opuesto en que yo me hallaba. Insistí, no obstante; agoté todos los recursos de mi elocuencia; pronuncié palabras consoladoras y palabras terribles.... todo fué inútil. Llegué á creer que su alma estaba petrificada, y quedé completamente desalentado.

El P. Antonio, con los brazos cruzados y la cabeza caída sobre el pecho, parecía hondamente afligido, y la viuda, juntando las manos y levantando los ojos con la expresión de la súplica más fervorosa, exclamó en voz muy baja:

—¡Dios mío! ¡No hay esperanza!

—No hay esperanza,—añadí yo con verdadera tristeza.

El P. Antonio suspiró hondamente, y repitió con acento apagado:

—¡No hay esperanza!

## CAPÍTULO XXV.

### Dos lágrimas.

Así permanecimos algún tiempo, silenciosos é inmóviles como tres estatuas, delante de la cama del enfermo. No sé hasta cuándo se hubiera prolongado la situación penosa en que los tres nos hallábamos, si un incidente inesperado no hubiera venido á sacarnos de ella.

Este incidente fué la repentina presencia de César.

El perro entró con la precipitación del que huye, y, en efecto, huía de Gil, que parecía perseguirlo.

Alentrar, el perro gruñó sordamente, amenazando á su perseguidor con todas las sangrientas consecuencias de una defensa heroica.

Gil se detuvo en la puerta y se encogió de hombros, mientras César fué á depositar á los pies de la viuda un objeto que traía en la boca; y mirando á su ama fijamente, movía la cola con impaciencia.

Después alzó las manos, y la viuda acarició su cabeza, sin reparar en el objeto que había puesto á sus pies. César aulló dulcemente, y bajó las manos, sujetando de nuevo entre los dientes aquel objeto que al parecer excitaba su codicia.

Gil desde la puerta movía la cabeza, como diciendo: «¡Pícaro perro!»

Yo creí al pronto que César, aprovechando algún descuido de Gil, habría cogido en la cocina algo que venía á devorar tranquilamente bajo la protección de la viuda. Su actitud era, en efecto, la de un perro que roe un hueso : lo sujetaba con las manos, y clavaba en él los dientes con cierto estudio, como si buscara los filamentos de la carne para arrancarlos del hueso.

Menos abismado yo que la viuda y el P. Antonio en las tristes reflexiones que el estado del enfermo inspiraba, pude fijarme más atentamente en la tarea que el perro traía entre manos, y pronto advertí que no era hueso ni carne lo que despedazaba con sus dientes.

El ruido que de vez en cuando producía sonaba de la misma manera que suena un papel que se rasga, y me pareció que lo que tenía entre sus fauces era un pequeño rollo de papeles.

Entonces me acerqué al P. Antonio, y le hice observar lo que el perro hacía; pero no mostró ni inquietud ni sorpresa.

—Son papeles,—le dije.

—Sí,—me contestó mirando á César.

—Papeles (añadí yo) que pueden ser útiles.

—¡Útiles! (exclamó el P. Antonio.) No.

Y como refiriéndose al pensamiento que en aquel instante lo embargaba, añadió:

—Todo es inútil.

—Señora (dije yo, dirigiéndome á la viuda): no me atrevo á reconocer por mí mismo lo que el perro está mordiendo, pero creo que debe verse.

La viuda me miró con sus grandes ojos hermosamente iluminados por el brillo de las lágrimas, y tendiendo la mano hacia el perro, que seguía en su tarea, le dijo :

—César.... aquí.

El animal alzó la cabeza, y poniéndose de pie, depositó en la mano de su ama lo que tenía en la boca.

—¡Es raro! (dijo ella, examinando el objeto que el perro acababa de entregarle.) César, ¿dónde has cogido esto?

El perro, al oír la voz de su ama, aulló dulcemente, agitó la cabeza, movió la cola y alzó las manos.

¿Se disculpaba?... Indudablemente algo quería decir, algo que no entendíamos nosotros, á pesar de la elocuencia de su voz, de sus ojos y de sus ademanes.

—No sé qué es esto (añadió la viuda). Vea V., P. Antonio.... Vean Vds.....

Nos acercamos; y, examinando el objeto, vimos que era un rollo de papel, sujeto por una cinta verde de seda, y contenido dentro de un sobre, cerrado con lacre negro.

Los dientes del perro habían rasgado el sobre, y lo negro del lacre y lo verde de la cinta ofrecían un contraste de luto y de esperanza, que excitó mi curiosidad de tal modo, que dije sin poder contenerme:

—Veamos qué es esto.

El P. Antonio desató la cinta, y aquellas hojas enroscadas se entreabrieron al verse libres de la presión que las sujetaba; mas el buen sacerdote volvió á unir las, apretando la mano y diciendo :

Este es, sin duda, el paquete que Gabriel trajo á su padrino por encargo de su madre moribunda. ¿Debemos nosotros registrar estos papeles que el comandante, por lo que se ve, no ha querido nunca sacar del sobre en que vinieron encerrados?

—En esa duda (contesté yo), debemos preguntárselo.

Yo me acerqué á la cama; pero mis preguntas no obtuvieron respuesta. Sólo nos dejó ver un gesto de indiferencia y de desprecio.

—Me parece (dije yo entonces) que su hermana está autorizada para leerlos.

La viuda tomó de manos del P. Antonio el paquete misterioso, y comenzó á hojearlo.

Al cabo de algunos instantes, dijo:

—No entiendo bien estas cosas; pero me parece que hay aquí documentos de crédito á favor de mi hermano.

En efecto: el paquete se componía de una sucesión de hojas, en parte impresas y en parte manuscritas, autorizadas con sellos y firmas, que atestiguaban diversas imposiciones hechas en sociedades de crédito á favor del comandante.

—Aquí hay una fortuna considerable (exclamé yo repasando una por una aquellas hojas fehacientes); porque las cantidades impuestas son en gran número: quinientos duros anuales se han impuesto sucesivamente por espacio de veinte años, formando un capital de diez mil duros, cuyos intereses acumulados representan próximamente una suma de otros cinco mil duros.

Cuando acabé de exponer este cálculo, volví la cabeza hacia el enfermo, y vi que me miraba con asombro. Parecióme que la rigidez de su rostro cadavérico era menos dura, y creí traslucir que experimentaba en aquel momento una admiración repentina. No me cabe duda de que sus ojos, súbitamente animados por una expresión indefinible, pretendían averiguar en los míos la certidumbre de mis palabras. Dudaba de lo que había yo dicho: lo que acababa de oír le parecía increíble.

—Sí (añadí yo, acercándome á la cama y contes-

tando á las mudas preguntas de sus ojos). Aquí están los documentos plenamente autorizados. Si el hecho es inexplicable, no es por eso menos cierto.

Y repasando una por una las hojas, encontré entre ellas un papel doblado en forma de carta. Lo desdoblé, y ojeándolo rápidamente, exclamé:

—¡Oh!... ¡esto sí que es admirable!

Al pronunciar estas palabras, miré alternativamente á la viuda, al P. Antonio y al enfermo, y me pareció que los tres me pedían leyera en voz alta aquel nuevo documento; y dando á mi lectura la mejor entonación que pude, leí de esta manera:

«Jaime:

»Cuando leas estos renglones que empiezo á escribirte, ya habré dado cuenta al Juez Supremo de todos los pensamientos, de todas las acciones y de todas las palabras de mi vida. He sido muy culpable. Te he arrastrado en mi desdicha, y le pido á Dios con todo el fervor de mi alma, para ti misericordia, y para mí justicia. Vuelve los ojos á su divina clemencia, y tu arrepentimiento templará á sus ojos el rigor de mi culpa. En el mundo todo es mentira, y Dios es todo verdad; pero ¡qué verdad tan grande!

»Tengo el presentimiento de una muerte próxima, y pienso en ella con mucho consuelo. Sí, Jaime; Dios me oye. Le he pedido la vida para consagrarla á llorar nuestra culpa y á encender en el corazón de nuestro hijo el fuego sagrado de la fe, y me la ha concedido. Gabriel ya es un hombre...; no, es un ángel: tú no sabes qué tesoro de bondad hay en su alma, qué fortaleza en su virtud, qué grandeza en sus pensamientos. Le he infundido hacia ti respeto, gratitud y veneración; pero

no le reveles nunca su culpable origen. ¡Hijo de mis entrañas!: se moriría de dolor. Sé su padre sin que él sepa que lo eres; apártalo de las seducciones del mundo; que no se manche la pureza de su alma con que yo te lo envió; consuélalo de la pena que ha de causarle mi muerte, pero cuida de que no me olvide. Rezad por mí, rezad juntos todos los días.

»Lo conozco bien, y sé que te querrá como á un padre; no habrá sacrificio que no haga por ti, porque nuestro hijo es un héroe; más aún: es un santo. ¡Dios mío! ¿Qué he hecho para merecer este hijo? ¿No es esta gracia una señal del perdón que nos espera?... Sí, Jaime; Dios me ha oído, y ha llegado ya la hora de morir.... No puedo pedir más á su divina misericordia.... Me siento alegre y llena de esperanza.

»La pensión con que generosamente me socorres, la he ido depositando para devolvértela. Mi hijo y yo hemos vivido de nuestro trabajo, y hemos vivido bien, porque el trabajo no es una pena, sino una virtud. He admitido tus socorros por humildad y los he conservado por penitencia: te los devuelvo, porque son tuyos.

»Perdóname, Jaime, como yo te perdono; y aquí de rodillas, y con las lágrimas en los ojos, le pido perdón al hombre que he ofendido; haz tú lo mismo cuando leas esta carta, y pídele á Dios que nos perdone.

»Jaime: te lo pido con toda mi alma: necesito tu arrepentimiento para presentarme menos culpable ante el tribunal de la Justicia eterna.

»Jaime.... oye mi última palabra: reza por mí.»

La lectura de esta carta produjo en el enfermo un efecto extraordinario. Al concluir yo de leerla, lo

vimos hacer un esfuerzo supremo, logrando incorporarse, mientras sus brazos se agitaban en el aire, como si buscara algo á que asirse, ó como si quisiera disipar las sombras que oscurecían su vista. La viuda se precipitó en ellos, y los dos hermanos se abrazaron.

El enfermo sollozaba con angustia indecible, y las lágrimas de la viuda caían silenciosas sobre el rostro de su hermano.

Así permanecieron algunos instantes.

—¡Se muere!—exclamó de pronto la viuda con acento afligido.

Acudimos, y fué preciso sostener la cabeza del moribundo, que vacilaba oprimida por el peso de la muerte. Sin embargo, tuvo fuerzas para coger la mano de su hermana, llevársela á la boca, y besarla. Después de esto, su brazo quedó inmóvil, y la viuda se inclinó sobre su cabeza, y le besó la frente.

Los ojos del enfermo, desmesuradamente abiertos, como los del ciego que empieza á ver, se fijaron primero en mí, después en el P. Antonio, y luego en la viuda; sus labios descoloridos se agitaban, y una voz semejante á un soplo salió de lo profundo de su pecho, pronunciando una palabra apenas articulada.

—¡Dios!....—dijo, y cayó muerto.

En sus párpados á medio cerrar asomaron dos lágrimas, que brillaron un instante, rodando por las yertas mejillas.

Hubo un momento en que los tres permanecimos mudos é inmóviles: los tres rezábamos.

Al fin la viuda alzó los ojos, y miró al P. Antonio con ansiedad inmensa. Éste comprendió todo el valor de aquella mirada, y dijo:

—Esas dos lágrimas que al espirar hemos visto en sus ojos, las ha arrancado de su corazón el dolor de sus culpas; son las lágrimas del arrepentimiento, que en la balanza de la suprema Justicia pesarán más que sus culpas.

Yo permanecí en la casa hasta el otro día por la mañana, que seguí mi viaje en otro coche, porque el que me llevó había seguido su camino.

Al despedirme del P. Antonio, me abrazó, y me dijo :

—Voy á quedarme muy solo en el mundo.

—¡Solo!—exclamé yo.

—Sí (me contestó): esta santa mujer ha vivido por su hermano, y ahora le pedirá á Dios que la lleve con su hija, y Dios se la llevará.

No tuve nada que replicarle, y nos separamos.

FIN.

## ÍNDICE.

	Págs.
CAPÍTULO I.—Un muerto que anda.....	7
CAP. II.—El hombre y el perro.....	21
CAP. III.—El capellán del cementerio.....	40
CAP. IV.—Un secreto impenetrable.....	59
CAP. V.—Que pone al lector en camino del capítulo siguiente.....	70
CAP. VI.—Un ser abandonado.....	80
CAP. VII.—Una mala noticia que alegra á la viuda..	91
CAP. VIII.—El comandante y el asistente.....	106
CAP. IX.—Espionaje.....	119
CAP. X.—La confesión.....	131
CAP. XI.—La carta.....	142
CAP. XII.—El complot.....	160
CAP. XIII.—Gotas de hiel.....	174
CAP. XIV.—La invitación.....	184
CAP. XV.—Stradivarius.....	194
CAP. XVI.—El lucero del alba.....	208
CAP. XVII.—La flor marchita.....	215
CAP. XVIII.—El león en la jaula.....	226
CAP. XIX.—Golpe seguro.....	235
CAP. XX.—El delirio.....	245
CAP. XXI.—Dios lo quiere.....	255
CAP. XXII.—Locó.... loco.....	265
CAP. XXIII.—El 20 de Diciembre.....	275
CAP. XXIV.—No hay esperanza.....	287
CAP. XXV.—Dos lágrimas.....	295



mi secreto. ¿Me da V. palabra de no leerlo hasta después que yo me vaya?

—Te doy mi palabra.

—Pues bien (dijo Rosalía levantándose): aquí está todo lo que tengo que decirle.

—Espera (añadió el comandante). Yo también quiero ser original, y voy á darte la respuesta antes de haber leído la pregunta.

Y diciendo y haciendo, sacó una cartera, buscó en ella un papel cuidadosamente doblado, y lo puso en manos de Rosalía, diciéndole:

—Toma: ahí tienes todo lo que yo puedo decirte, y te dejo en libertad de que lo leas ahora mismo si quieres. Mi pensamiento entero se halla contenido en ese papel por medio de un lenguaje sin palabras; en él encontrarás todo mi secreto.

Sintió Rosalía una viva curiosidad, que hacía irresistible el interés que aquel asunto le inspiraba, y desdobló impaciente el papel que tenía en las manos. Examinó rápidamente lo que contenía, y alzando los ojos, miró al comandante, y le dijo:

—¡ Ah!: es una flor.

—Sin duda.

—Una flor marchita.

—¿No la conoces?

—¡ Ya lo creo!: es un clavel.

—Sí, hermosa Rosalía; es un clavel, en el cual he respirado yo el perfume de tus labios; en esas hojas marchitas he encontrado el dulce aliento de tu boca, porque en ellas palpita todavía un beso tuyo.

La hija de la viuda no comprendía el sentido de estas palabras, no acertaba á comprenderlo, y miraba á su tío con profunda sorpresa.

—¿Te admira? (prosiguió diciendo el comandante.) Mejor: eso quiere decir que ignoras el poder de tu

belleza, que ha encendido un infierno en mi corazón; un infierno lleno de delicias, que he saboreado esperando el momento más dichoso de mi vida.

Hablando así, se acercó á Rosalía, y quiso asir una de sus manos; pero ella la retiró, retrocediendo, pálida, confusa y aterrada. Por un momento se contemplaron ambos, como si á la vez quisieran sorprenderse en los ojos lo que pasaba en lo íntimo de sus corazones.

La mirada del comandante brillaba encendida por un resplandor semejante al que debe iluminar los ojos de la serpiente cuando atrae hacia sí al inocente pajarillo que aletea aturdido; había en ella esa feroz codicia con que el tigre hambriento espía la presa que va á devorar, anticipándose el placer de devorarla. La hija de la viuda bajó al fin los párpados, como si no pudiera resistir el brillo de aquella mirada, ó como si quisiera contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos. Más que las palabras del comandante, le advertía su instinto de mujer el sentido que ellas encerraban; pero no queriendo todavía dar crédito á lo que acababa de oír, intentó sonreírse, y dijo:

—¡ Bah! Quiere V. burlarse de mí diciendo cosas que no entiendo. ¿Acaso tengo yo algo que ver con las hojas de esta flor marchita?

Indudablemente hubiera sido más discreto cortar de cualquier modo aquella entrevista, que empezaba á tomar un aspecto grave; pero Rosalía, á pesar del terror que experimentaba, se resistía á creer en la realidad de lo que estaba viendo. Aquello no podía ser más que una broma de malísimo gusto, propia, no obstante, del carácter estrambótico de su tío.

Por lo que hace al comandante, no pareció sor-